

VI.

El Torreón de Vincennes bajo la regencia.—Aparición y desaparición de cuatro presos desconocidos.—El ministro Claudio Leblanc, y Mme. de Pise.—El abad Pucelle.—El cura de Vincennes en el Torreón.—Luis-José de la Vendôme y las tres Marías.—Laroche-Guérault.—El caballero de Langoula. Latude en el Torreón.—Los barones de Vénac y de Visset.—El abad Prieur.—El caballero Pompiquan de Mirabelle.—Los gobernadores Guyonnet y Rougemont.

Si el duque de Orleans, regente de Luis XV, no abolió el uso de las letras de sello, á lo ménos, es preciso hacerle la justicia de que rara vez recurrió á ese medio odioso para contener á sus enemigos, y que bajo su gobierno, la cantidad de los presos de Estado fué soportable y de poca duracion.

Inmediatamente despues de la muerte de Luis XIV, hizo poner en libertad á la mayor parte de los presos encerrados en el Torreón, y los otros fueron llevados á la Bastilla.

El príncipe no queria que el jóven rey, quien para obedecer un artículo de Luis XIV, debia habitar en Vincennes durante su menor edad, tuviese una prision en su palacio.

Pero cuando Luis XV, despues de diez y ocho meses de habitar en Vincennes fué á las Tullerías para hacer allí su residencia habitual, el Torreón, lo mismo que ántes, volvió á ser prision.

Los señores de Polignac y de Clermont fueron los primeros encerrados en él despues de la partida del jóven rey.

Eran del número de los treinta y nueve miembros de la nobleza que habian presentado al parlamento una protesta contra toda sentencia que pudiera intervenir en la querrela del duque del Maine y del duque de Tolosa, hijos legitimados de Luis XIV, y de los príncipes de la sangre.

Su cautividad fué dulce y de poca duracion; apénas pasaron un mes bajo aquellas altas paredes, donde no se les rehusaba nada de cuanto deseaban.

No sucedió lo mismo con otros cuatro prisioneros llevados al Torreón por órden del regente el 7 de Enero de 1719.

Llegaron allí con los rostros cubiertos con un velo, y sus nombres no fueron inscritos en el registro.

Se supone que esos personajes estaban comprometidos en la conspiracion de Cellamare; pero esto no es mas que una conjetura.

Se ignora tambien lo que sucedió con ellos, y como probablemente se sabria si hubieran recobrado su libertad, nos es permitido creer que murieron en su prision.

El regente murió en 1723, y desde entonces se pudo presentir cuál seria el reinado de Luis XV, por las intrigas que señalaron los primeros dias de su mayor edad.

El jóven monarca nombró al principio primer ministro al duque de Borbon-Condé, hombre desordenado, sin energía, y que se dejaba dominar por la primera cortesana que fuera bastante hábil para despertar sus deseos.

El *señor duque*, como se le llamaba entonces, al subir al ministerio, tenia por querida á Mad. de Prie, especie de Mesalina que habia figurado en todas las épocas del regente, y quien, desde la muerte del último se habia apoderado del espíritu de su sucesor, hasta el grado de hacerle hacer su voluntad.

En la misma época, Leblanc, ministro de la guerra, se habia apasionado de otra muger perdida, Mad. de Planeuf, madre de Mad. de Prie.

A esas dos mugeres, madre é hija, se les habia visto disputarse al mismo hombre, y reprocharse públicamente los actos mas monstruosos.

Enemigas mortales, irreconciliables, se aprovechaban recíprocamente de las oportunidades de hacerse mal.

Mad. de Planeuf era mas hábil; su hija mas ardiente, mas resuelta.

Esas dos infames usaban un lujo desenfrenado.

Mad. de Prie se apoderó de eso, para insinuar al regente, poco tiempo ántes de su muerte, que siendo muchos mas los gastos de Leblanc que sus rentas, era evidente que Mad. de Planeuf le obligase á dilapidar el tesoro del Estado.

El regente se habia limitado á desterrar á Leblanc; pero cuando el duque de Borbon sucedió al regente, esa muger implacable quiso una venganza mas completa, y el ex-ministro de la guerra fué preso, encerrado en la Bastilla, y llevado despues al Torreón de Vincennes, al mismo tiempo que la cámara del Arsenal recibia órden de instruir su proceso.

Pero Leblanc no se dejó abatir; pidió, segun su derecho, ser juzgado por el parlamento, y sostenido por la familia de Orleans, hizo tal ruido, que el duque de Borbon cedió, y la marquesa de Prie tuvo el dolor de ver á su enemigo absuelto y libre de la multa de ocho millones que se le habia impuesto al principio á título de restitucion.

Parecia que, despues de pronunciada la sentencia, se devolviese al preso la libertad; pero no fué así.

La marquesa hizo comprender al duque su amante, que en ese hombre habia

dos personajes cuya pérdida había jurado: el preso acusado de crimen, y el preso de Estado.

El duque de Borbon tuvo aún la vileza de ceder à esta representacion, y no solo permaneció preso en Vincennes Leblanc, quien ya estaba absuelto, sino que fué tratado con el mas duro rigor.

Púsosele en un calabozo, y no recibió por alimento mas que una especie de sopa de agua de vajilla, cuyo olor y cuyo aspecto hacian saltar el corazon, pan negro y agua, la cual no se le renovaba sino cuando ya estaba completamente corrompida.

Hacia muchos meses que duraba ese suplicio, cuando el duque de Borbon fué derribado por el cardenal Fleury, quien valía mas que él; pero quien, proponiéndose ser el enderezador de entuertos de su predecesor, hizo poner en libertad à Leblanc, y le devolvió el ministerio de la guerra, uniendo éste al de marina.

Hé ahí como se hacian entónces los negocios de esa grande nacion que se llama Francia; hé ahí en qué manos estaban sus destinos.

En esta época fué cuando comenzó la ejecucion de los jansenistas, terribles adversarios de los jesuitas, quienes sostenian al cardenal ministro.

Este, queriendo dar un golpe decisivo, intentó de propia autoridad quitar el conocimiento de los negocios eclesiásticos al parlamento, quien favorecia abiertamente el jansenismo, y prohibia en todas ocasiones las libertades de la Iglesia galicana.

Inmediatamente se formuló una protesta contra aquella tentativa; el parlamento fué en cuerpo à ver al rey; pero el monarca, gobernado por su primer ministro y entregado enteramente à sus planes, rehusó recibir à aquel gran poder del Estado.

La querella se envenenó, y Fleury, inspirado por el furor de los energúmenos que le rodeaban, comenzó à espedir à ciegas letras selladas (órdenes de prision.)

Uno de los primeros presos fué el abad Puëlle, consejero del parlamento, quien se había hecho notar entre todos por su energía.

Condujéronle à Vincennes, donde fué estrechamente vigilado, porque no se dudaba de que la corporacion entera se tuviese por ofendida en la persona de uno de sus miembros, é hiciese todas las tentativas posibles para libertarle.

Esto fué lo que sucedió.

El parlamento entero declaró que en el estado de opresion en que estaba, no podia hacer justicia; cerró su audiencia, y se suspendió el curso de la justicia.

El rey llamó al parlamento à Compiègne, donde se hallaba la corte; el parlamento declaró que no obedeceria esa orden, miéntras el abad Puëlle no fuera puesto en libertad.

No podriamos referir aquí esa larga querella, que no puede entrar en nuestro cuadro; nos limitaremos à decir que el ministro y la corte fueron vencidos; el abad fué puesto en libertad, llevado en triunfo al palacio, y solemnemente cumplimentado por el primer presidente.

Pero esto no era una victoria para el pueblo.

El parlamento, celoso de sus prerogativas, no usaba nunca de ellas sino en su interes particular; nunca pensaba en levantarse contra el despotismo y sus iniquidades, à ménos que alguno de los suyos fuese ultrajado por él.

Podíase impunemente llenar las prisiones de desgraciados, à quienes se rehusaban jueces, sin que el parlamento se conmoviera absolutamente nada; y escepto el caso en que sus intereses podian ser comprometidos, la honorable corporacion estaba siempre pronta à oprimir al débil en provecho del fuerte, y à convertir la justicia en oficio y en mercancia.

Esta especie de victoria del parlamento, no aplacó la persecucion contra los jansenistas, y bien pronto se mostraron los convulsionarios, quienes dieron nuevo impulso al furor de los perseguidores.

Arrestaron en masa à todos los que se sospechaba que eran jansenistas, y lo mismo que la Bastilla, el Torreón se llenó de presos.

Sin embargo, en medio de este furor, se produjo un hecho notable.

Fué la prision en el mismo Torreón del cura de Vincennes, y de un personaje llamado Bonnelle, relator de peticiones, acusados, dicen los registros de la prision, de haber dado avisos muy ecsaltados contra los jansenistas.

En un momento se creyó en una reaccion; pero no había nada, sino simplemente una venganza particular del teniente de policia Héraut, porque el relator de peticiones ayudado del cura, el abad Morvant, había inventado suplantarle, manifestando un celo demasiado ardiente para que pareciese tibio el de Héraut.

Pasarémos rápidamente aquí sobre las intrigas y los devotos furores de aquella época, que ya referimos en nuestra *Historia de la Bastilla*. (1)

Tenemos que pintar otros furores, que referir otros padecimientos diferentes de los iluminados, medio nécios, medio bribones, y de los que se puede decir à propósito de la persecucion que sufrieron:

Qu'ils n'avaient mérité

Ni cet excès d'honneur, ni cette indignité.

Hé aquí que hemos llegado à la época en que la Francia iba à ser entregada, con manos y piés atados, à los caprichos de algunas mugeres perdidas, à quienes sus infames complacencias debian hacer omnipotentes.

Luis XV era casado; no amaba à su muger, y sin embargo, le era fiel.

Para los cortesanos, este era un estado de cosas intolerable, del que querian salir à todo precio.

A fuerza de observar al monarca, los hábiles creyeron haber descubierto que si el rey se conducia bien, no era porque le faltase voluntad para conducirse mal; pero que se lo impedia un exceso de timidez que no podia vencer.

(1) Véase la *Historia de la Bastilla*.

Hecho este descubrimiento, organizaron de prisa un complot para vencer esa importuna timidez, que hacia languidecer tan desagradablemente toda clase de intrigas, y ponía un freno á las saturnales de la regencia.

Para el buen éxito de la empresa, era necesario el concurso altivo de una linda muger, diestra, experimentada, capaz en una frase, de *completar la educacion* de ese jóven monarca, cuya buena conducta involuntaria afligia á tantas gentes.

Hallaron una que se prestó á ello; en la corte habrian hallado mil; pero ninguna hubiera reunido como aquella las cualidades indispensables en un grado tan elevado.

Era Mlle. María Mailly, hija primogénita del marques de Nesle, belleza pi-
cante, espiritual, ambiciosa y atrevida.

Esta linda persona era tiernamente amada de Luis José de Vendôme, hijo natural del último duque de ese nombre, y ella parecia que le correspondia; pero ese jóven era pobre, defecto capital para su ardiente querida, quien soñaba grandezas.

Ella se decidió á sacrificarle, y aceptó todas las condiciones que la impusieron los gefes del complot.

Bien pronto ya no se habló al lado del rey sino de Mlle. de Mailly.

Los cortesanos que estaban mas en favor causaron sus alabanzas.

Segun ellos, era una perla, una belleza sin igual, tenia un talento como habia pocos, y una gran modestia, se decia, aunque el fuego de sus miradas anunciase mucha inclinacion al placer.

Luis XV, á fuerza de oír contar las alabanzas de esa bella muger, y de encontrarla siempre á su paso, acabó por enamorarse de aquellos lindos ojos que parecian prometer tantas alegrías.

Sus miradas se encontraron pronto con las de la bella encantadora, y sostuvieron el choque de manera que daban muchas esperanzas.

En fin, una mañana, la modesta María entró en el aposento del jóven rey para pedirle una gracia.

Casi inmediatamente despues, las puertas del aposento se hallaban cerradas como por encanto, y cuando se volvieron á abrir, dos horas despues, se vió al rey con el rostro radiante conducir á su hermosa peticionaria y besarla la mano.

Ese mismo dia toda la corte supo que Luis XV tenia una querida.

Los detalles de la escena que acabamos de referir se supieron con una prodigiosa rapidez.

Luis José los supo como todo el mundo, y su dolor fué tan grande, que inspiró una tierna compasion á Mad. de Vintimille, hermana menor de Mlle. de Mailly, quien emprendió consolar al jóven afligido.

Logrólo mas de lo que lo esperaba.

Luis José se enamoró de la consoladora mas aún de lo que lo estuvo de la infiel; y ya iba á ser feliz, cuando á Luis XV se le antojó creer que la segunda

era mas hermosa que la primogénita, y desgraciadamente para el infortunado Vendôme, no la halló mas cruel.

Segunda desesperacion del jóven, la cual le atrajo los consuelos de la tercera de las hermanas, María de Châteauroux.

Esta última era á la vez la mas jóven y la mas linda de las tres.

Luis José no tardó en conocer que en el amor de esta *tercera María*, habia una compensacion muy dulce de los pesares que le habian causado las otras dos, y se apasionó mas que nunca.

Pero Luis XV por su parte no estaba dispuesto á detenerse en su camino.

La posesion de la princesa y de la segunda de las hermanas, le habia hecho desear la de la tercera, y esta conquista le fué tan fácil como las otras.

Nadie habia entrado nunca con mas brillo en la carrera del vicio.

Esta última traicion abrumó al honrado gentil-hombre.

Cayó enfermo, y sus amigos, sabiendo la causa de su mal, se esforzaron en distraerle.

Apénas entró en la convalescencia, y le introdujeron en los placeres; y para acabar de curarle, no hallaron otro medio mas que burlarse de su tendencia de tomar el amor á lo sério.

Le llamaban el *enamorado de las tres Marias*, por alusion á las hermanas de Mailly, quienes todas tres se llamaban María.

—En tu lugar,—le dijo uno de los mas aturridos,—yo me vengaria.

—Y cómo?

—Escribiendo la *historia de las tres Marias*; esto haria mucho ruido, y las gentes alegres se declararían en tu favor.

Esta última razon era terminante, porque en efecto, se habian reido mucho de ese pobre enamorado, quien de tres no habia podido conservar una, y acaso Luis José habia padecido mas con el ridículo que con la traicion.

La venganza le sonrió.

Escribió la *historia de las tres Marias*, con toda la verba de un hombre de talento sobre-escitado por la indignacion y por la sed de la venganza.

La obra tuvo todo el éxito que se habia predicho; pero al mismo tiempo enfureció tanto al rey, que en el primer momento juró hacer ahorcar al autor, fuera quien fuera.

Con todo, esa cólera se habia apaciguado mucho, cuando la señorita de Châteauroux, y duquesa, fué llorando á echarse á los piés de su real amante, jurando que iba á encerrarse en un convento, si no se castigaba de una manera ejemplar al autor de ese infame libelo.

Todo el mundo habia adivinado al autor; la misma duquesa tuvo la crueldad de designárselo al rey; y algunas horas despues, Luis José de Vendôme, atado, agarrotado, echado en un coche, era conducido al Torreón de Vincennes, donde le esperaban interminables padecimientos.